

RELACIONES DE LA PSICOLOGIA POLÍTICA CON LA ECONOMIA Y LA RELIGION

Angel Rodríguez Kauth

Universidad Nacional de San Luis

RESUMEN

Cualquier psicólogo interesado en el estudio de los hechos políticos, debe prestar atención a otros campos relacionados con los fenómenos políticos. En este artículo se pretende poner de manifiesto algunas relaciones existentes entre la economía, la religión y la psicología política. La perspectiva desde la que se asocian estos tres campos es la del análisis de las relaciones entre la subjetividad y el Poder. Se establece un paralelismo entre la conducta del consumidor y la del votante, entre el lenguaje económico y el psicológico. Se analiza la relación histórica entre poder y religión, tomando distintos ejemplos, entre ellos, el de los fundamentalismos.

ABSTRACT

Any psychologist interested in the study of the political facts, should pay attention to other fields related with the political phenomenon. This article seeks to show some relationships among the economy, the religion and the political psychology. The perspective from which these three fields associate is that of the analysis of the relationships between the subjectivity and the Power. A parallelism settles down between the consumer's behavior and that of the voter, between the economic language and the psychological one. The historical relationship between power and religion analyses taking different examples like the fundamentalisms.

Key words: Economy, politic, religion, relationship, subjectivity, power.

Introducción

La Psicología Política es una disciplina relativamente nueva, que puede ser considerada como fruto de la relación histórica que se fue construyendo alrededor de la Psicología Social, y que ha tomado cuerpo propio a partir de una matriz disciplinar facilitada por la Psicología. Dado que el objeto de estudio de la Psicología Política es todo aquello relacionado con la subjetividad y la toma de decisiones políticas, no puede llevarse adelante su estudio y tratamiento sin que el psicólogo dedicado a estos menesteres tenga conocimientos mínimos sobre aquellas disciplinas relacionadas con los

hechos políticos. Por eso no haré perder tiempo al lector tratando temas que se dan por conocidos y que –en cualquier caso– el interesado puede recurrir a cualquier manual de Psicología Social o Sociología. Otro tanto ocurre con los conocimientos referidos a la ciencia Política, que si bien no suele incorporarse en los planes de estudio de la Psicología, sin embargo se da por supuesto que quien se sienta atraído por este objeto de estudio ha de tener –o haber tenido– algún acercamiento a la misma. Esto ya puede ser por requerimientos ideológicos como por inquietudes puramente intelectuales; aunque –desde mi experiencia con colegas que están transitando esta disciplina– parece existir una combinación entre los devaneos intelectuales y la aproximación ideológica a alguna corriente política. Más aún, parece que tal acercamiento ideológico se inclina hacia las corrientes de tipo progresista con alguna experiencia de militancia política o estudiantil, que se produjo antes de que se decidiera tomar una prudente distancia entre los espacios afectivos y cognitivos del quehacer político.

Por todo lo expuesto, en este trabajo solamente me centraré en dos disciplinas a las que los psicólogos no prestan excesiva atención: la economía y la religión. La economía tiene mucho que ver con los hechos políticos y sus concomitancias psicológicas, pero los psicólogos no le han prestado la suficiente atención, quizá debido aparece como algo indescifrable. Esto obedece al lenguaje de tipo críptico que utilizan sus especialistas y que suele hacerse incomprensible para la mayoría de los neófitos. En consideración a esto puedo ir adelantando que la economía no es una disciplina difícil, por el contrario, cuando uno se interna por su hermenéutica puede llegar a descubrir que no es otra cosa que expresar en difícil lo que todos hacemos a diario.

Algo similar a lo que sucede con la economía, acontece con el estudio de la religión. El discurso hierofánico de lo religioso se ha envuelto –a lo largo de los tiempos– de un halo de misterio, y de la creencia en que solamente es entendible desde una hermenéutica. Una hermenéutica casi imposible de descifrar para el no iniciado, y sólo accesible para aquellos que están entrenados en tal quehacer, es decir, los sacerdotes o elegidos. Incluso en el ámbito esta característica está presente en el ámbito del Protestantismo, ya que incluso las que se precian de permitir mayor flexibilidad en la lectura de los textos sagrados, terminan por tener eruditos que hacen una lectura correcta de los mismos.

El tema religioso puede importar a los psicólogos políticos en la medida que religión y poder han venido casados en la historia de la humanidad. La religión, cualquiera se trate, siempre ha estado en favor –las más de las veces– o en contra, de los poderes terrenales de turno, y esto hace que sea

un objeto de interés para quiénes nos dedicamos a conocer las relaciones entre la subjetividad y el Poder, ya sea instituido u opositor.

Psicología Política y Economía

Desde el campo de la economía –cercano al de la política ya que una es ininteligible e inaplicable sin la otra– también se hicieron acertadas observaciones respecto a variables psicológicas intervinientes en el comportamiento económico. Debemos mencionar en este momento el nombre del olvidado T. Veblen (1899), que no solamente ha sido injustamente no recordado por la historiografía económica, sino que representa un nombre que no conviene recordar en estos momentos de ajustes económicos de corte neoliberal, puesto que salen poco beneficiados después de la lectura de las obras de Veblen. Este autor puede ser considerado –con justicia– el padre de lo que en la actualidad se conoce como la Psicología Económica. A esta disciplina le ha prestado especial atención D. McClelland (1959, 1961) desde una perspectiva econométrica (Rodríguez Kauth, 1974), aquí nos limitaremos a describir simplemente como se produce el comportamiento político en función de variables económicas. Es un hecho innegable, por su rotundidad, que la mayoría de los bienes que pretenden los individuos son escasos. Por consiguiente, se espera que las personas compitan en la adquisición de los mismos o en su obtención por medios generalmente lícitos e incluso, a veces, lindando con la marginalidad de la ley, o bien francamente ilícitos. En la actualidad hasta el aire se ha convertido en un bien escaso, debido a la polución ambiental producida por el anhídrido carbónico de los vehículos y de las grandes empresas industriales; por lo cual se ha abierto una suerte de competencia en la búsqueda de aires puros.

Existen dos formas de canalizar esa competencia por la adquisición de bienes escasos: los mercados y las distintas expresiones que puede asumir la actividad política (electoral y revolucionaria). Ambas formas no son excluyentes entre sí y, más aún, pueden llegar a complementarse sin peligro de entrar en contradicción alguna.

En el espacio del mercado es más limitada la posibilidad de obtener los bienes deseados y –normalmente– se cree que en estos existe una amplia libertad para que los individuos los utilicen. Pero, la libertad a la que aluden los apologistas del mercado es una libertad restringida y limitada a la capacidad económica que puedan tener los individuos para competir en los mismos. Además, en el espacio del mercado existen bienes que son individualmente inalcanzables para las mayorías, dentro del espacio de las modernas democracias, tales como los relativos a –por ejemplo, entre otras

muchas cosas– la defensa nacional, la salubridad pública (por ejemplo, el control de la polución que se menciona más arriba), la justicia y la seguridad de los individuos que han pactado la misma con el Estado (Hobbes, 1651).

Los economistas y políticos que hacen del mercado una verdad divina, olvidan que, aunque fuese cierta la concepción de la libre voluntad para la compra, venta y producción de bienes, las reglas por las que se constituye el sistema político son bien diferentes. En el ámbito de la política democrática, se constituye una mayoría –propia o por coalición– que ejerce poder sobre toda la sociedad. La gente ya no participa como consumidor, productor o proveedor, sino que lo hace cómo elector, cómo elegible o cómo burocrata y miembro de un gobierno. La conducta de las personas en este ámbito suele ser de miras estrechas, generalmente se vota en función de los intereses particulares sin importar especialmente las metas de los otros miembros de la sociedad. En Argentina se vota pensando en el propio bolsillo y, así apareció el llamado voto cuota. Quiénes tienen cuotas pagaderas en dólares, votan por la continuidad de la convertibilidad, puesta en vigencia desde 1992 (Rodríguez Kauth, 1997a), aunque con la misma se les haya reducido su salario en más de un 50% desde entonces. Y a pesar de dicho Plan haya convertido a los trabajadores argentinos en una inmensa masa de desocupados y subocupados, que no pueden acceder voluntariamente a las ostentosas ofertas que les ofrece el mercado.

Sin embargo, debemos reconocer que tan egoísta es el que vota con el sentido descrito, como aquél que lo hace pensando en las minorías empobrecidas, y otorga su confianza al partido político que ofrece garantías (aunque después, en el gobierno, no cumpla) de que va a satisfacer las demandas sociales de los más desprotegidos y excluidos del sistema. Aunque pueda parecer un disparate, en realidad no es así. Quienes votan de la manera dicha lo hacen sin pensar en los intereses de aquellos que se lucran con los actuales sistemas político–económicos imperantes en el mundo. También, quiénes así ejercen el voto, son egoístas, aunque en menor medida y, en todo caso, su egoísmo termina por ser altruista (Guisán, 1992), si bien la alteridad está dirigida hacia algunos miembros de la comunidad en detrimento de otros. Esto es lo que ocurre con cualquier demanda sectorial en la búsqueda de provisión de fondos financieros para fomentar la misma. Cuando los docentes, camioneros, médicos, juristas, campesinos, etc. solicitan y exigen mayores recursos para sus actividades –legítimas, por cierto– lo que están haciendo es restarle posibilidades a otros sectores, ya que las finanzas públicas –según argumentan los que dirigen las mismas– no son suficientes para todos. En consecuencia, si se promueven las de unos, se

desmejoran o empobrecen las de los otros. Por ejemplo, si se destinan más recursos a educación, algún sector se verá afectado en sus intereses, debido a que las fuentes de financiamiento suelen no ser infinitas. En el mejor de los casos se produce un mayor endeudamiento fiscal interno y, lo que es más grave, termina en un abultamiento de la deuda con la banca internacional.

Este argumento tiene sus inexactitudes. El tema pasa por las prioridades que se asignen políticamente desde el Estado a unas u otras cuestiones. Para el caso de la Argentina, no se trata de sacarle algo a algunos sectores nativos para dárselos a otros, sino que, en todo caso pasa por dos vertientes interconectadas y no incompatibles o contradictorias entre sí: a) restringir la corrupción por la cual se desvían dineros públicos, que es una forma inmoral de dilapidar los recursos escasos del fisco y b) dejar de pagar la inmoral deuda externa (Castro, 1985; Rodríguez Kauth, 1994), que es el testimonio de la corrupción en su máxima expresión, cual es la impunidad que termina por destruir los lazos de solidaridad del tejido social (Oblitas y Rodríguez Kauth, 1999).

Un aspecto interesante que distingue a la Psicología Económica de la Psicología Política, es el de la diferencia en la valoración entre un ciudadano igual a un voto –como se presenta en el espectro político clásico– y el de un ciudadano igual a un peso –o un dólar o cualquier otra unidad monetaria. Cuando el ciudadano está llamado a votar, solamente tiene la posibilidad de hacerlo por un candidato –o lista – de todos los que están en la oferta electoral. Esta metodología no permite inferir del votante la intensidad de su intención de voto. Unos lo hacen con plena convicción y sin titubeos –lo que no significa hacerlo con lo que M. Weber (1929) llamaba una auténtica ética de la responsabilidad–, forman el llamado voto cautivo de algunos partidos políticos. Otros, lo hacen a regañadientes, es decir, no están plenamente convencidos de su elección, pero recurren a un proceso psicológico de maximización de los aspectos positivos –con la simultánea minimización de los negativos– de la alternativa elegida, una vez realizado un balance de las cualidades y los defectos de cada candidato. Esto es lo que se conoce como el proceso de reducción de la disonancia cognitiva (Festinger, 1957; Rodríguez Kauth, 1987) que se ha producido en el votante al tener que elegir un voto e introducirlo en la urna y, luego..., ya no se puede cambiar.

En contraste con este análisis político de un hombre igual a un voto, en la realidad del mercado, cada individuo gasta o invierte su dinero (su dólar) en aquello que le resulta más gratificante o conveniente, sea desde una perspectiva psicológica o econométrica. La disonancia desaparece si el

gasto ha sido mínimo y se puede devolver el producto adquirido. Pero en el caso de la acción política democrática, como es la emisión del voto, la selección del gobernante se hace muchísimo más difícil como proceso intelectual y hasta afectivo. En este punto no debe olvidarse aquel término de sentipensamiento, acuñado por Eduardo Galeano. Cuando se elige, por ejemplo, a un Presidente, se hace para que represente al elector en infinidad de temas y problemas diferentes. Es decir, intereses muchas veces contrapuestos y contradictorios para un mismo elector y para el propio candidato. Un ejemplo cotidiano, aunque baladí: hoy por hoy no se puede votar a un candidato para que defienda los intereses en el tema de los derechos humanos y, a la vez, los intereses de seguridad personal en un mundo cargado de violencia; seguridad y derechos humanos parece que son entidades incompatibles entre sí para cualquier discurso político, tanto de izquierdas, de derechas, como de los pretendidos representantes del centro.

Otra diferencia a tener presente al presentar la política y la economía como analógicas, es que un voto desinformado o equívoco puede llegar a significar un alto costo para el resto de los miembros de una comunidad, que ven defraudadas sus expectativas responsables por aquellas decisiones irresponsables de cierto número de votantes, que votan –más de lo que es posible imaginar– en función de intereses espurios o por adhesiones emocionales insustanciales. En cambio, cuando un comprador o productor decide realizar una operación en el mercado de bienes de uso y de consumo, no arrastra a grandes masas de individuos en su decisión errónea. Solamente él –y algunos allegados– pagarán los platos rotos de su desaguizado comercial, económico o financiero. En este caso, la carga completa del error es sostenida por aquel que lo cometió.

Desde una perspectiva purista, en el sistema democrático, cada persona vale igual que cualquier otra en el cuarto oscuro en el momento secreto de la votación, dado que hay un principio elemental que dice que un ciudadano es igual a un voto. Pero esto es falaz, en tanto y cuanto nadie ignora que los votos pueden comprarse. Es decir, existe una práctica corrupta y perversa de dirigir la conducta electoral de los otros merced al uso de dádivas –en dineros, en especie o en favores prometidos postelectorales–, que hace que el sistema, pensado originalmente con sabiduría, se haya pervertido a punto tal que se vea comprometida seriamente la eficiencia del método electoral. Este es un tema que no puede ignorar la Psicología Política ni la Psicología Económica, ya que las mismas se entrecruzan de una manera inesperada en la intersección donde lo político se convierte en una fuerza y un valor de intercambio entre el que ofrece su voto y aquél que lo necesita políticamente.

Pero éste no es un hecho nuevo ni particular de la política contemporánea, ya Marx lo había denunciado oportunamente (1854) cuando señaló que Luis Felipe ganó las elecciones de 1852, en Francia, merced al uso de salchichón y vino para obtener el favor electoral del 90% del padrón inscripto. Este episodio histórico permite rescatar no solamente su valor como tal. También facilita la posibilidad de aprovechar el conocimiento de la distribución demográfica diferencial del electorado y su conformación educativa. Luis Bonaparte triunfó de manera arrolladora en la campaña francesa, por entonces básicamente analfabeta, pero el triunfo resultó menos notable en París, ciudad en la que habitaban la gente culta y los intelectuales conocedores de los propósitos del futuro Emperador de Francia. ¡Terminó jurando como tal bajo la advocación de la República instaurada en 1789!

Este tipo de episodios –frecuentes en todas partes del mundo, pero mucho más en los países llamados eufemísticamente en vías de desarrollo– es lo que hace que se observe con alarma que la mayoría silenciosa presta poca atención a los temas políticos generales. Una evidencia de esto es el nivel de desinformación, patente en las entrevistas callejeras que se hacen por televisión, junto al alto nivel de desinformación que pudimos encontrar –en estudios de campo– entre los dirigentes partidarios juveniles en San Luis. Datos semejantes se pueden encontrar en todo el mundo como consecuencia del reinado de lo "post"– donde la acción política se convierte en una inversión a largo plazo (Rodríguez Kauth, 1997b). Definida así, la mayoría silenciosa, puede ser descrita –paradójicamente– como una población racionalmente ignorante en temas políticos o en la res pública. No lo son así cuando se trata de cosas baladíes, como puede ser la compra –o el precio– de una ropa, de un automóvil o de objetos más pedestres y domésticos.

Y esto no es casual, sobre este comportamiento atípico del electorado que deberá consignar los nombres de los futuros gobernantes y de los planes a ejecutar por estos, el Estado se ha ocupado y preocupado en lograr banalizar la política (Rodríguez Kauth, 1997c) a través de mecanismos donde la misma es presentada en las marquesinas de la parafernalia, juntamente con las vedettes, los artistas, los deportistas y, lo que es más grave, en su cohabitación con personajes corruptos y hasta mafiosos. Este particular hecho de la banalización de la política, es el que ha producido un fenómeno relativamente nuevo, cual es el de los gastos que hacen los diferentes candidatos en estudios de imagen, es decir, saber cómo son vistos por el electorado y cómo éste quisiera verlos desde un perfil general y particular, según sean los públicos a los que apunta en cada oportunidad con el texto de su discurso, ya sea este verbal, gestual, postural, etc.

En la actualidad –y esto vale para todo el espacio político donde domina el capitalismo bajo el nombre del Nuevo Orden Internacional– los políticos profesionales no tienden a hacer apuestas de futuro mediato. A diferencia de lo que ocurre en el ámbito del mercado, en el espacio político no se heredan los intereses de los dirigentes ni tampoco se pueden vender ni cotizar tales intereses que representan un supuesto patrimonio electoral. Por esta razón, los dirigentes tratan de satisfacer demandas inmediatas y no de largo plazo, como puede hacer un inversor de bienes raíces. Los votantes del futuro mediato no pueden afectar la elección de mañana y, entonces, no es un buen negocio político apostar a la credibilidad de estos. En esto que vengo diciendo, se puede encontrar una explicación de por qué razón los políticos viven hablando de la importancia de la educación en sus discursos preelectorales, como así también desde el gobierno o la oposición, aunque luego, en la práctica del Poder, poco esfuerzo inviertan en ésta. En todo caso, lo que los votantes futuros heredarán es lo que se hizo en la inmediatez de un momento –y sucesivos– de gobierno, con todo lo que esto tiene de cargas, generalmente, en la columna del "debe" según se escribe en los libros de contabilidad.

Una última diferencia que se puede establecer entre política y economía es la que se refiere –desde la teoría de los juegos– a que mientras en política la balanza de los conflictos siempre suma cero, en el ámbito de la economía esto no es tan preciso, más aún, a lo que se apunta es a que los balances den positivo para todos aquellos que compiten en el mercado económico o financiero. Veamos un ejemplo para ambos casos. Mientras en la competencia política –desde el punto de vista partidario– siempre hay un ganador y múltiples perdedores en cualquier compulsa electoral, también esto se da en los forcejeos que hacen los dirigentes cuando buscan alianzas con otras fuerzas políticas. Asimismo, esto también se puede aplicar a la balanza de costo/beneficio de los electores, ya que mientras unos pusieron mucha energía en una campaña electoral, obteniendo resultados muy pobres; en tanto que otros con poca inversión de energía, obtienen frutos inesperados, como puede ser un cargo político importante e impensable a la hora de trabajar preelectoralmente.

En el quehacer de lo propiamente económico, esto no se da de la misma manera. Dos –o más– empresas compiten por un mismo mercado de consumidores y las dos pueden obtener dividendos satisfactorios. Por ejemplo, Coca-Cola y Pepsi-Cola vienen compitiendo en el mercado internacional por atraer a los consumidores de bebidas gaseosas, pero ninguna de las dos arroja pérdidas en sus balances.

Con una lectura rápida, la aplicación de la teoría de los juegos a este análisis aparece como cierta, sin embargo, me permito disentir con la misma por la siguiente razón. En una disputa electoral el que la suma de los que ganan y pierden sea igual a cero, es algo más aparente que real. Puede ser verdadero si se analizan los datos desde una perspectiva puramente estadística o lineal, pero se convierte en falso al observar que dichos resultados electorales, pueden perjudicar a la inmensa mayoría de la población. Es decir, el triunfo de un partido político no significa necesariamente que éste vaya a gobernar con un sentido amplio, democrático y equitativo. La historia está plagada de ejemplos al respecto y es innecesario abundar en ellos: la lectura de los diarios argentinos en la década de los años '90 es elocuente al respecto. En definitiva, el número de perdedores puede ser mayor que el de los ganadores y, en consecuencia, la suma no es igual a cero. Una cosa semejante sucede en el análisis económico si se hace literalmente como planteamos más arriba. Efectivamente, Coca-Cola y Pepsi-Cola son ganadores netos, pero... terminan siendo ganadores como consecuencia de que dejaron por el camino a una amplia lista de perdedores. ¿Quiénes son ellos?. Las empresas de bebidas gaseosas pequeñas que prácticamente han desaparecido del mercado. Esta figura puede ser considerada como un oligopolio, por el cual unas pocas empresas se distribuyen el mercado y fijan los precios de manera no competitiva para el consumidor, en todo caso, la competencia, estará puesta... en el sabor –en el mejor de los casos– o en la estrategia publicitaria utilizada para alcanzar un mayor nivel de ventas en el mercado.

Si se quiere estudiar con mayor detenimiento este análisis, es preciso recurrir a los datos que ofrece la realidad cotidiana, no solamente la política sino también la económica y se podrá ver como el crecimiento económico de un país, no necesariamente está asociado con el crecimiento de los agentes económicos individuales. Argentina es un país que viene creciendo a un ritmo del entorno del 7% anual de su Producto Interior Bruto, pero la población cada día está más empobrecida. El Informe de la Cepal (1997) sobre la situación económica en América Latina señala –para el caso argentino– que en el período 1990-96 el 40% de los sectores más empobrecidos del país han profundizado ésa situación... precisamente cuando la Argentina ha crecido de manera incomparable a otros períodos históricos en tal sistema de medición a través del Producto Interior Bruto, la tasa de inversión, el aumento de las exportaciones, y cualquier otro indicador macroeconómico que se quiera utilizar.

Todo esto nos lleva al viejo dicho que dice "las estadísticas no mienten, los que las hacen sí". Si se observa con atención el informe de la Consultora Broda y Asociados, para mediados de 1997 en Argentina, se podrá ver

que el país nunca ha estado más floreciente que en ese año. Sin embargo, los periódicos y los informativos de radio y televisión informan, constantemente, de pequeños focos de lo que se ha dado en llamar estallidos sociales, producidos por la desocupación, los bajos salarios, la práctica desaparición del hospital público y de la escuela pública, etc. Parece que la macroeconomía va por un carril y la microeconomía transita por otro paralelo y, como las paralelas no se tocan... entonces aparece ésta discontinuidad entre los datos y la realidad de cada uno de los habitantes del país, que cada día se hace más angustiada.

Algo más acerca de las mentiras de las estadísticas, no se trata de que se falseen los datos, simplemente la argucia estriba en cómo hacer las preguntas, por ejemplo, para conocer el índice de desocupación. Y esto no es solamente un producto de la viveza argentina, V. Forrester (1997) también lo advierte en uno de los países que pretende liderar a la Unión Europea: Francia, dónde se hace bajar el índice de desocupación elevando la edad del ingreso laboral de los jóvenes y otras trapisondas semejantes.

Ciertamente que no todas son diferencias entre economía y política, algunas de sus vinculaciones los argentinos las sufrimos –de manera más notable– durante el segundo semestre de 1996. En esa época salieron a la luz pública acontecimientos escandalosos que mantuvieron en vilo la atención de la población, a la vez que psicológicamente funcionaba como un foco de atención. Todo esto generó sensaciones complejas, donde se combinan el asco, la indiferencia, la ironía y hasta el recuerdo desacomodado de épocas en las cuales había orden, pero en las cuales también pasaban cosas semejantes, aunque en ellas no estuvieran involucrados los legisladores porque estaban prohibidos y, además, se conocían mucho menos estos episodios porque la prensa estaba censurada.

Otro aspecto que merece ser estudiado en la relación existente entre la psicología y la economía –y, en verdad poco explotado hasta el presente– es el referido al lenguaje psicológico que suelen utilizar los economistas. Es muy habitual oír hablar a los economistas y expertos en finanzas de la depresión de los mercados; del pánico bursátil; de la desesperanza de los trabajadores; del presentismo como forma de vida; del consumismo como testimonio de las ventas en los mercados; de la impotencia de los operadores económicos ante situaciones políticas que los superan; sobre las motivaciones de los consumidores medidas a través de pruebas proyectivas; acerca de la identificación de los obreros con su empresa; de la crisis bursátil o financiera o económica, etc. Lamentablemente, este ha sido un espacio poco estudiado por los psicólogos para conocer las relaciones y diferencias que existen en un lenguaje, que a veces es utilizado por los economistas y

que, en otros casos, es exageradamente utilizado en el lenguaje cotidiano para expresar sus sentimientos por los vaivenes de un mercado de capitales, que nadie tiene la posibilidad de conocerlo de manera segura y absoluta.

No es casual la cercanía mencionada en el uso de los lenguajes de la psicología y de la economía; tanto los psicólogos como los economistas se están moviendo con el mismo objeto de estudio: la conducta humana y sus múltiples y variados vericuetos.

Psicología Política y Religión

Otra intersección interesante que tiene la Psicología Política, es con la o las religiones (Spinks, 1965). Es un secreto a voces la fuerza, el poderío, que han tenido –y tienen– las iglesias instituidas para dirigir electoralmente a sus fieles, como así también para influir en las decisiones políticas de los Estados o Naciones. Esto ha sucedido y sucede en todo el mundo, desde que las iglesias hicieron alianzas con los poderes de turno para interpretar que el Rey o el Emperador, estaba en ése lugar por el designio de algún dios que de tal manera decidió prestarle su apoyo a tal contendiente por el trono y no por tal otro. Dichas alianzas no fueron casuales, dialécticamente se necesitaban unos a otros, es decir, los poderes terrenales para justificarse con los divinos y éstos últimos con los primeros para acrecentar su influencia y presencia en el mundo material. Quizá, el caso más notable de unión entre lo secular y lo sagrado en el orden de lo político, lo haya ofrecido el caso del Dalai Lama, jefe espiritual y religioso del budismo tibetano, el que ha sido presentado como el testimonio de la reencarnación de la divinidad y, consecuentemente, el jefe político de su pueblo habitante del Himalaya.

Se pueden citar múltiples casos recientes de la historia argentina durante la última dictadura militar en la cual los referentes religiosos oficiales prestaron su acuerdo y bendición a los actos genocidas de tal episodio histórico. En cambio en la historia reciente chilena la situación fue diferente, ya que fue desde el propio episcopado y de las asociaciones eclesiales desde donde tuvieron nacimiento los organismos de protección de los Derechos Humanos que fueron conculcados por el dictador Pinochet (Guzmán, 1997).

Así también se puede recurrir a la historia europea reciente, desde el papel de la jerarquía eclesiástica a favor del Eje durante la Segunda Guerra Mundial y, producida la derrota de éste, en la colaboración para la fuga de criminales de guerra hacia América Latina, particularmente con destino final en la Argentina. También la historia europea del medioevo y del Re-

nacimiento muestra episodios de concubinato entre el poder religioso y el poder terrenal que se manifiesta en el orden de lo político.

La relación entre religión y política resulta por demás interesante en la actualidad, en la que se han puesto de moda los fundamentalismos religiosos, fenómeno que no solamente ocurre en los países islámicos. En Argentina, el presidente Menem tiene la costumbre de invocar permanentemente al Supremo, a lo cual agrega que por encima de él solamente está Dios. Pero este es un caso en que el poder dice someterse a los designios divinos, aunque poca atención le presta a los reclamos de los obispos cuando estos le reprochan la política de desatención por los problemas sociales que agobian al país.

Otro caso interesante –antes de entrar de lleno con el fundamentalismo contemporáneo– fue el del Presidente J. D. Perón, quien durante su primer gobierno (1946/55) intentó convertir a la religión católica en un instrumento del propósito posterior de convertir al justicialismo en una religión de Estado (Roitenburd, 1994). Este autor abunda en ejemplos, de los cuales solamente tomaré uno como muestra. Una de las primeras medidas del gobierno peronista, en 1946, fue abandonar el clásico laicismo de nuestra enseñanza pública para hacer obligatorio el dictado de religión para todos los alumnos. El conflicto se inició cuando la jerarquía eclesiástica observó que el nombramiento de los profesores era hecho directamente desde el Ministerio de Educación, es decir, la instancia política, sin participación alguna de ellos que, se supone, debían controlar los contenidos que se impartían al respecto. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo?. La Iglesia Católica detectó que los nombramientos se hacían a partir no de los conocimientos religiosos o teológicos que pudieran tener los nuevos docentes, sino que se hacían en función de su afiliación partidaria, de su adhesión al gobierno, ya fuesen estos clérigos o laicos.

El fundamentalismo islámico es un ejemplo actual de esa relación entre la Psicología Política y las religiones. Sin embargo, para analizar este fenómeno es imprescindible adoptar una perspectiva más amplia que la psicológica o política, sobre todo si se quiere abarcar en su dimensión totalizadora. Es preciso que además de la dimensión de lo psicológico se recurra a la historia, la economía, la sociología, la antropología y otras disciplinas del quehacer social. Aquí intentaremos simplemente añadir a la dimensión psicosocial las dimensiones política e histórica.

El fundamentalismo (chiíta) islámico presenta –como toda estructura de grupos humanos enlazados por principios religiosos– cierto componente de irracionalidad, que se expresa en el terreno de los hechos con la lógica derivada de un pensamiento irracional llevado al extremo de lo imaginable.

Por consiguiente, los medios que utiliza para alcanzar el fin propuesto se nos aparecen como irracionales e inconcebibles en la vida cotidiana de occidentales supuestamente civilizados. El fin que aparece no es más que la destrucción y eliminación de los Otros, pero el fin que está enmascarado –y que Occidente aún no ha querido leer– es la imposición del islamismo como forma religiosa en toda la Tierra. El terrorismo es el medio a partir del cual, en la última década del Siglo XX –con mayor énfasis que anteriormente–, se testimonia el objetivo propuesto. El enemigo para los fundamentalistas es absoluto y, solamente, con el exterminio del mismo se podrán alcanzar las metas que están implícitas en su concepción de la vida y de la muerte.

Desde una perspectiva o lectura filosófica, el fundamentalismo islámico –como cualquier otro fundamentalismo que pueda aparecer– resulta ser reduccionista por su propia lógica. Reduce su percepción del Mundo y de lo humano a un solo principio. Esta es una característica común a toda concepción religiosa en donde el sentido de la vida está centrado y limitado por la práctica religiosa. Es cierto que puede haber principios que aparecen como indiscutibles, por ejemplo, la verdad. Pero a quién se le ocurriría decirle a un moribundo que le quedan pocas horas que en vida no fue otra cosa más que una porquería (Rodríguez Kauth, 1993). Aún cuando sea cierto, quién actúe así es una persona que rinde culto al principio de la verdad, aunque no podamos dejar de ignorar su crueldad.

Pero, el fundamentalismo religioso no es patrimonio único de los pueblos árabes. Al respecto, A. Ryan (1994) señala textualmente que el fundamentalismo no es una forma de pensamiento y acción exclusiva de los países árabes, «.. incluso en la política americana, el fundamentalismo cristiano sigue siendo también una fuerza poderosa». En el contexto de los principios absolutos podríamos también mencionar algunos postulados feministas sobre la justicia e igualdad que terminan por caer en lo ridículo. Se podría seguir con mil y uno más ejemplos de principios que parecen –y son ideal y materialmente– correctos para la moral en que estamos inmersos pero que, tomados de uno en uno, llevarían al disparate intelectual. Fundamentalismo.

El fundamentalismo tiene un único principio, que en homenaje a su propia terminología, no es más que un único fundamento. De ahí al maniqueísmo existe poca distancia, ya que dividen al mundo en dos secciones claramente definidas: nosotros y ellos. Los buenos son (somos) los fieles, los malos son los infieles. Desde una perspectiva psicológica éste es un proceso elemental de pensamiento propio del infante en su primer estadio de desarrollo intelectual. No existe lugar para las distintas gamas de colo-

res, la humanidad se divide en mosaicos, donde unos son blancos (nosotros) y otros son negros (ellos, los otros). En términos de física óptica se puede decir que "la luz que contiene todas las radiaciones a las que nuestro ojo es sensible, en las proporciones en que se encuentra en la luz solar, se denomina blanca... En tanto que un cuerpo es negro cuando absorbe todas las radiaciones visibles", con lo cual se carga de calor que, desde la lectura fisicoquímica, se transforma en energía (Varios, 1985). Los blancos son los poseedores de la verdad, y para el islamismo la verdad no es relativa como propusiera el físico y pensador alemán A. Einstein, sino que es absoluta; por consiguiente, al ser dueños de la verdad absoluta creen estar en condiciones de imponerla a fuerza de utilizar el terror si es necesario. En definitiva, están convencidos que lo que hacen no es otra cosa que un favor a los infieles que todavía no han aprendido a reconocer la verdad que ellos nos transmiten. Y así como para el maniqueísmo no hay lugar para los distintos tonos de gris en la gama de colores, tampoco en lo religioso existe lugar para los tibios.

En el fundamentalismo islámico existen también razones de orden político, económico y social. Perpetuamente postergados, aislados y explotados en sus riquezas naturales –léase petróleo, en general– hoy encuentran en el fundamentalismo agresivo y combatiente un transmisor, que les permite hacer un desplazamiento de su angustiada necesidad y urgencia de vivir en condiciones dignas hacia el extremo religioso, que ha sabido capitalizar aquellas inquietudes y necesidades. No en vano la República Socialista de Argelia –territorio de cultura árabe perteneciente a lo que se conoce como el Magreb–, que nunca ha sido lugar donde florezcan los discursos fundamentalistas, en la última década del Siglo XX vea con estupor crecer la llama fundamentalista en sus jóvenes. Pero se trata de jóvenes que se insertan en un mundo donde no hay trabajo, y en el cual no pueden satisfacer mínimamente sus demandas de vivir dignamente (Memmi, 1971; Chuckri, 1993; Lassel, 1993). En buena medida la explosión de fundamentalismo tiene su origen en la política imperio–capitalista (Rodríguez Kauth, 1992) impuesta por Occidente en los territorios musulmanes y con la que los sometió a un virtual estado de servidumbre que se conoce como colonialismo. Al respecto, el líder palestino Y. Arafat señaló en julio de 1994 –según información periodística– que "La humillación y la frustración han sido las causas principales..." de estos acontecimientos de enfrentamientos sinietros que han venido teniendo lugar con el pueblo israelí desde 1948, fecha en que fuera creado tal Estado en la margen oriental del Mar Mediterráneo.

Por otra parte, no podemos dejar de recordar que los fundamentalismos existen y transitar dentro de cualquier religión. Es suficiente que cualquiera

de ellas, llámese cristiana, judía, budista, etc. asuma un principio como único y universal para que se produzca el fenómeno que estamos viviendo y sufriendo con el fundamentalismo musulmán. El sionismo puede ser considerado parcialmente como un fundamentalismo en la concepción original de Teodoro Herzl (1860/1904), quién tuvo como principio y fin de su vida lograr un territorio para la patria de la gente de Sión.

También en el catolicismo se pueden encontrar expresiones fundamentalistas. Recurriendo a dos hechos históricos es posible señalar que en el Siglo XIX, más precisamente en 1849, el diputado y dirigente español Donoso Cortés propuso que «.. sólo una dictadura católica podría salvar a Europa del mal encarnado en la entonces creciente dictadura socialista» (Negretto, 1994), a la vez que expresaba un concepto totalitario y fundamentalista al afirmar que «.. la excepción en jurisprudencia es análoga al milagro en teología». Más recientemente se pueden hallar testimonios semejantes en el discurso y quehacer de Monseñor Lefevre, el que pretendía retrotraer las prácticas religiosas al estilo que se utilizaba durante el medioevo, época de esplendor de la religiosidad, según él, debido a que ésta era impuesta a sangre y fuego. Sin embargo, los intentos citados de fundamentalismo no islámico han tenido poco o nulo éxito, ya que tanto judíos como cristianos tienen otros principios o fundamentos de su fe que entran en contradicción con los citados y, además, tienen mayor peso.

Pero no es extraño que el fundamentalismo islámico contemporáneo haya sentado sus raíces y se haya extendido desde la República de Irán. Su territorio no es otra cosa que el del antiguo Imperio Persa, uno de los más viejos de los cuáles se tenga noticia. En aquel espacio hace más de tres milenios hubo lugar para dos dioses en la expresión de su fe. El dios del bien y el dios del mal, que estaban de manera permanente en conflicto y guerra entre ambos; enfrentamientos que no solamente ocurrían en los espacios celestiales, sino que también tenían lugar en la tierra. Cada uno de estos dioses tenía sus fieles –podemos llamarlos partidarios– que los seguían a ciegas. La diferencia moral entre unos y otros estribaba en que los primeros mataban a sus enemigos con buena conciencia, es decir, por una causa justa; en tanto que sus rivales religiosos parece que lo hacían a la inversa.

Pero aquí no termina la historia de los dualismos; el cristianismo llega al Imperio Persa llevando como estandartes la cruz y la espada. A poco del ingreso sangriento del cristianismo, que obliga a los habitantes de esas tierras a convertirse, aparece un individuo al que llamaban Mani, del cual se deriva la herejía maniquea como fuera considerada por el cristianismo. Tuvo la habilidad de enfrentar al dios del bien –llevado con guerra y sangre

por el cristianismo— con el dios del mal, que no era otra cosa que una forma autóctona y folklórica de pensar a la figura del demonio. Nuevamente estamos en presencia de un dualismo religioso. Poco después, durante el Siglo VII, arriba a Persia el islamismo recientemente fundado por Mahoma en el siglo anterior, pero ahí y en ése entonces —como una y tantas veces— aparece el maniqueísmo como metodología de enfrentarse con los que no piensan igual. Se expande la secta chiíta, que era dura e irreconciliable con sus enemigos religiosos y culturales, en menoscabo de la secta suunita, que era más moderada y tolerante de las diferencias religiosas. Es decir, pueden haber cambiado las formas en que se expresa lo religioso, pero el estilo en que se lo testimonia sigue siendo el mismo que hace tres o cuatro milenios.

A la Psicología Política le interesa el tema de Dios y le interesan las religiones, precisamente por aquello que dice Frazer (1956) de que son un fenómeno de conciencia semejante a cualquier otro de la naturaleza humana. Solamente los humanos inventan dioses y creen en aquello que inventan, se podría acompañar esta afirmación con lo que dice Freud (1927) de que la religión no es otra cosa que una ilusión. Al respecto debo hacer una pequeña aclaración. Suele confundirse en el lenguaje coloquial el contenido conceptual del término ilusión con el de esperanza e, incluso, con el de utopía. Una ilusión es, en el decir de Freud (1927) referido a la religión, una creencia errónea, pero a diferencia de muchas creencias erróneas como las que se dan a través de los estereotipos sociales, o simples creencias erróneas por deficiente información o por incapacidad para almacenar la misma correctamente; las ilusiones están sostenidas por la pasión que pone en las mismas el protagonista o portador para convertirlas en verdaderas. Es decir, en su base hay un fuerte deseo de que aquello en lo que se cree sea cierto, ya que es lo que permite mantener el andamiaje de una estructura de pensamiento que necesita apoyarse sobre lo que está convencida que es real.

Esto es posible trasladarlo al ámbito político y, al respecto, C. Castoriadis (1993) ilustra tal fenómeno con un ejemplo que puede resultar muy caro a los viejos camaradas de los Partidos Comunistas, cuando dijo que "En ese sentido es como podemos decir que los militantes stalinistas que pensaban que Rusia era un paraíso, no estaban solamente en un error, estaban en una ilusión, porque deseaban que Rusia fuera un paraíso; y si uno intentaba demostrarles que Rusia no era un paraíso, (entonces) ponían en tela de juicio todo su edificio psíquico".

Es preciso observar que hasta no hace mucho tiempo, principios y mediados del Siglo XX, era frecuente que quiénes indagaban acerca de lo religioso desde una perspectiva macro y microsocia lo hicieran procurando

encontrar los elementos profanos que atravesaban el sentimiento religioso y la práctica misma de éste desde la hierofanía oficial. En este sentido fueron notables las aportaciones que hicieron, por orden cronológico, Marx, Nietzsche y Freud.

La figura de Dios, su configuración, y las instituciones religiosas se atraviesan con el quehacer de la Psicología Política en tanto y cuanto los primeros transitan los senderos de los discursos del poder, y permiten interceptarse en el análisis de la realidad social y política por la que atraviesan al imaginario colectivo. Es en tal sentido que he pretendido marcar lo interesante que resulta para el psicólogo político conocer temas inherentes a lo religioso.

Referencias

- Castoriadis, C. (1993): Freud, la sociedad y la política. *Zona Erógena*, Bs. Aires, N° 16.
- Castro, F. (1985): *Conferencia Sindical de los Trabajadores de América Latina y el Caribe sobre Deuda Externa*. (Acta de La Habana). Editora Política, La Habana.
- Cepal (1997): *Notas sobre la Economía y Desarrollo*, N° 603.
- Chuckri, M. (1993) *Jean Genet en Tánger*. Ediciones Alfons El Magnànim, Barcelona.
- Festinger, L. (1957) *A theory of cognitive dissonance*. Evanston III, Row Peterson.
- Forrester, V. (1996): *El Horror Económico*. Fondo de Cultura Económica, Bs. Aires.
- Frazer, J. (1956): *La Rama Dorada*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Freud, S. (1927): *El Porvenir de una Ilusión*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (1929): *El Malestar en la Cultura*. Ed. Amorrortu, Bs. Aires.
- Garaudy, R. (1991): *Ensayo sobre los fundamentalismos en el mundo*. Ed. Gedisa, Madrid.
- Guisan, E. (1992): *La Ética Mira a la Izquierda*, Ed. Tecnos, Madrid.
- Guzman, L. (comp.) (1997): *Exploraciones en Psicología Política I*. Ed. Diego Portales, Santiago de Chile.
- Hegel, G.W.F. (1805): *Filosofía Real*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Hobbes, Th. (1651): *Leviatán*. Ed. Nacional, Madrid.
- Lassel, A. (1993): "El Islamismo o la ideología de la infecunda regresión". *Tesis II Internacional*, Bs. Aires, N° 13.
- Marx, C. (1854): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid.
- McClelland, D. (1959): *Talent and Society*. Princeton, Van Nostrand.
- McClelland, D. (1961): *The Achieving Society*. Princeton, Van Nostrand.
- Memmi, P. (1971): *Retrato del colonizado*. Ediciones de la Flor, Buenos Aires.
- Negretto, G. (1994): "El concepto de decisionismo en Carl Schmitt". *Revista Sociedad*, Universidad de Bs. Aires, N° 4.
- Oblitas, L.-Rodríguez Kauth, A. (1999) *Psicología Política: la Perspectiva Iberoamericana*. Editorial Plaza y Valdés (México).

- Rodríguez Kauth,A.(1974): "Necesidades, motivación y frustración desde la psicología social crítica". *Boletín Uruguayo de Sociología*, N° 21/22.
- Rodríguez Kauth,A.(1987): *Psicología de las actitudes y estructuras cognitivas*. Ed. de la Univ. Nac. de San Luis.
- Rodríguez Kauth,A.(1992): *Psicología Social, Psicología Política y Derechos Humanos*. Ed. Universitaria y Ed. Topía, San Luis/Bs. Aires.
- Rodríguez Kauth,A.(1993): *Psicología de la Hipocresía*. Ed. Almagesto, Bs. Aires.
- Rodríguez Kauth,A.(1994): *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*. Centro Editor de América Latina, Bs. Aires.
- Rodríguez Kauth,A.(1997a): "Convertibilidad e Ingenuidad". *Revista Topía*, Bs. Aires, N° 19.
- Rodríguez Kauth,A.(1997b): *Lecturas y Estudios de Psicología Social Crítica*. Espacio Editorial, Bs. Aires.
- Rodríguez Kauth,A.(1997c): "¿La Política de lo Banal, o la Banalización de la Política?". *Revista Política Exterior*, Madrid.
- Rodríguez Kauth,A.-Falcon,M.(1996): *La Tolerancia. Atravesamientos en Psicología, Educación y Derechos Humanos*. Ed. Topía, Bs. Aires.
- Roitenburd,S.(1994): "Identidad nacional y legitimidad en el discurso del nacionalismo católico cordobés (1943-1955)". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, (Tel Aviv), Vol. 5, N° 2.
- Ryan,A.(1994): "Introducción". En varios.
- Spinks,S.(1965): *Introducción a la Psicología de la Religión*. Ed. Paidós, Bs. Aires.
- Varios (1985): *Enciclopedia de la Ciencia y de la Técnica*. Ediciones Danae, Barcelona.
- Varios (1994): *A propósito del fin de la historia*. Editorial Debats, Valencia.
- Veblen,T.(1899): *Teoría de la Clase Ociosa*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Vergara,A.J.(1997): "Iglesia-Estado: repasando la historia". *Revista Envío*, Managua, Año 16, N° 189.
- Weber,M.(1929): *El Político y el Científico*. Alianza Editorial, Madrid.

Angel Rodríguez Kauth es profesor de Psicología Social y Director del Proyecto de Investigación *Psicología Política*, en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis. Recientemente ha publicado *El Discurso Político. La caída del pensamiento*. Universidad Nacional de San Luis. Avda. Ejército de los Andes 950 5700 San Luis. Argentina.